SEGUNDA ANTOLOJIA POETICA

Estaba Juan Ramón entre nosotros.
Paseaba junto a mí todos los días
por aquel campo de concentración.
Qué arias tristes, qué frente pensativa,
qué jardines lejanos. Piedra
y cielo. Una ración amarga compartía,
y en el atardecer, que era su hora,
aún lograba evadirse hacia las cimas
de los pequeños montes fronterizos.
Sin ser notado se iba
esfumando en la noche azul de marzo.
Por la mañana, en la amarilla
página de mi bloc, recién sacado
de mi macuto, él escribía
alejandrinos de la soledad
sonora, a mediodía
tercetos melancólicos y luego
para dar un alivio a estas penas, diez sílabas
cuando la luna casi
se colgaba en las ramas blanquecinas.

Se vino Juan Ramón conmigo al lento
recinto del penal. Tuvo su ficha,
su media filiación. Sus huellas
fueron tomadas. En la galería
apenas ocupaba sitio y nadie
puso reparos. Alguien dijo: —Mira,
para este cerco gris de odio y cemento
qué extraña compañía.
Tú acompañas mi llanto, marzo triste,
escribió Juan Ramón en la furtiva
hoja de mi cuaderno, y esperamos
todo el verano, amarga luz, canícula,
atardecer de agosto,
al fin septiembre en ruinas
y octubre, y tan cercano
el infinito campo de Castilla,
pero tan lejos el amor y el árbol
puro, tan arrastrado y sin orillas.

Leopoldo de Luis